

Introducción

Este libro se inició durante el confinamiento de los meses de marzo a mayo de 2020. Una situación atípica, en pleno siglo XXI, en el cénit del progreso de la humanidad. En el recuerdo está el horizonte diario a las ocho de la tarde con el momento más solidario de los aplausos a los héroes sanitarios que invirtieron su tiempo en ayudar a los enfermos de COVID-19. Todos los días después de teletrabajar, me sentaba ilusionado a escribir, cuestionándome cuál podía ser mi aportación a este mundo desvencijado y desnortado. No tengo intención de hablar de mí mismo porque no soy ejemplo de nada, pero creo que he aprendido a considerar que las dificultades son buenas oportunidades de crecimiento. Ya lo decía Winston Churchill: “un pesimista ve la dificultad en cada oportunidad; un optimista ve la oportunidad en cada dificultad”.

Sin embargo, este optimismo aprendido no esconde el perfeccionismo que me invade. En este sentido, el inhumano periodo de la pandemia fue una realidad que nos permitió descubrir, por un lado, que vivimos en una permanente tensión por hacer bien las cosas. Por otro, que tenemos que soportar vivir en una continua insatisfacción, ya que el perfeccionista nunca termina todo con absoluta perfección, ni la mayoría de las cosas suceden como estaban

previstas. Además, uno siempre se deja cosas urgentes sin terminar y se va a la cama pensando que el día ha sido un auténtico desastre.

No obstante, reconozco que mi vida cambió cuando un amigo —un sacerdote— me sugirió un consejo que inmediatamente apliqué a mi vida y, sinceramente, me ayudó. Me dijo que los perfeccionistas siempre estamos pensando en las tareas pendientes, poniendo el foco en el incumplimiento de la interminable lista de quehaceres. Me sugirió que, en lugar de eso, era mejor ser positivos y apreciar todas las cosas buenas que ya hemos realizado. Además, añadió que, debido a nuestra naturaleza perfeccionista, no solemos aceptar los numerosos imprevistos e imponderables que surgen y que debemos atender con arrogante inmediatez, aunque la mayoría de ellos no dependen de nosotros, ni son responsabilidad propia.

Este sencillo consejo me animó a reflexionar y cambiar. Comencé con una dócil terapia enfocada en ser más positivo, prestando atención a las cosas buenas realizadas a diario, que son muchas, dado que los perfeccionistas solemos ser muy activos. Lo que parece tan natural fue un gran descubrimiento para mí, ya que me convencí al instante de la necesidad de un cambio radical en mi modo de autoexigirme. Es como cuando te dicen que los optimistas ven el vaso medio lleno, mientras que los pesimistas lo ven medio vacío.

Comparto este suceso personal porque este cambio vital que adopté me ha servido para ser más feliz. De hecho, fue este el principal motivo por el que, en plena pandemia y durante el confinamiento más duro de 2020, decidí escribir este libro. Mi objetivo era afrontar la pandemia como una gran oportunidad para reflexionar sobre lo que compensa cambiar en nuestro modo de vida. Reconozco que, desde esa ingrata experiencia del confinamiento y con la consiguiente pérdida de libertad, me pregunto con frecuencia: ¿qué significa *ser* feliz? Subrayo el verbo *ser* porque no

me conformo con *estar* feliz. No creo que un cúmulo de sensaciones de felicidad sea lo que realmente nos ayude a ser felices. No basta con *sentirse feliz* un rato, ¿por qué renunciar a una felicidad más estable y no tan volátil como la que proporciona la inconsistencia de las emociones?

Colmado de este optimismo, pienso que la pandemia –con los posteriores confinamientos sufridos– debería haber sido una oportunidad para mejorar la sociedad. Este nostálgico anhelo me motivaba a proponer algunos cambios sustanciales en los cuatro ámbitos fundamentales afectados directamente por esta trágica pandemia y que demandan una consensuada reestructuración. Estos ámbitos son: la política, la economía, la educación y la vida social de relaciones humanas. Es cierto que la pandemia ya es historia y algunos la ven en la lejanía, como un vago recuerdo, con poco interés en recordar algo tan negativo.

Después de cuatro años de este trágico acontecimiento, estoy más convencido de que no estamos preparados para otra futura pandemia y que hemos aprendido poco. La historia de la humanidad nos ha ido brindado diferentes momentos para dar un cambio de timón a nuestro existir, pero es preciso estar bien preparados para gobernarlo. Una muestra que puede motivarnos a este giro fue el ejemplo de Rosa Parks, una costurera afroamericana de 43 años que pasó a la historia. El 1 de diciembre de 1955, viernes, de camino a su casa en la ciudad de Montgomery, Alabama, se negó a dejar su asiento en el autobús a una persona de color blanco. Este hecho suponía transgredir una ley vigente que la obligaba a levantarse para ceder su asiento a una persona blanca, ante la cual ella se rebeló. Este acto revolucionario suponía un desafío. El conductor se lo recriminó, pero ella desoyó esta severa recriminación e hizo caso omiso. Fue detenida. Sin embargo, este simple acto –irrelevante para muchos– marcó la vida de Martin Luther King, premio Nobel de la paz, activista por la lucha en favor de

los derechos civiles de la raza negra. Luther King vislumbró en este sencillo gesto una bellísima oportunidad para despertar las conciencias y lograr el demandado cambio social de erradicar el racismo. Sin embargo, también este insignificante acto estremeció los cimientos de EE.UU., que estaba siendo injusta con la raza negra. Años más tarde, esta tenaz lucha fue recompensada ya que, en 1964, se firmó la Ley de Derechos Civiles que prohibió la segregación racial, validando los intensos esfuerzos de Luther King en pro de la igualdad de los derechos civiles entre blancos y negros.

El duro confinamiento de marzo a mayo de 2020 fue una vivencia que bien podía haberse convertido en un hito personal en nuestra vida. Durante esos meses compartimos aplausos, con los vecinos, en los balcones. Sin prisa y agobios, nos fuimos acercando a ellos, recibiendo el calor de una sonrisa vecina. Estos son valores humanos que apreciamos mucho, pero que sustituimos rápidamente por otros más superficiales. ¿Qué ha quedado de esta sugestiva rutina? Por eso, después de la funesta experiencia vivida, este libro propone una reflexión sencilla que busca animar a un profundo cambio personal.

Marshall McLuhan, afamado doctor en Cambridge, es conocido por ser un visionario de la actual sociedad de la información. En su libro *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, publicado en 1962, el autor hablaba de la *aldea global*, caracterizada por la amplia difusión de los medios de comunicación como la radio, el cine y la televisión, que cambiaron la comunicación escrita por otra que facilitaba que las noticias llegasen a los diferentes rincones del mundo. Esto ayuda a comprender cómo el actual mundo globalizado responde a los problemas de un modo unificado. Sin duda, esto se manifestó con la respuesta mundial a la pandemia, en la que se adoptaron medidas de carácter universal como el confinamiento. Los países fueron imitando las pautas marcadas por China, adoptando medidas drásticas.

Una reflexión postpandemia nos ayudaría notablemente a visualizar que hay cuatro pilares de la idealizada sociedad occidental de lujo y placer que deberían ser repensados. En primer lugar, el modo de *hacer* política, ya que los ciudadanos demandan con urgencia una revisión de la tarea política. No entienden el juego político entre los partidos; lo observan como una pérdida de tiempo que resta energías a la esencial tarea de gobernar. Ciertamente, ante la desigual respuesta de los gobernantes a la crisis de la COVID-19, ha surgido una duda: ¿no hubiera sido más eficaz poner al frente de esta crisis a un comité de expertos? Sin embargo, contemplamos tristemente cómo, ante la elección de cuáles deberían ser los criterios para elegir ese comité, una vez más se impusieron los denostados modos de *hacer política*, lo cual ha vuelto a mostrar la insuficiencia de esta para resolver problemas.

Igualmente, la grave crisis sanitaria sufrida evidenció que los actuales modos de hacer de la política no corresponden al desarrollo alcanzado por la sociedad en el actual siglo XXI. Con estupor, durante la pandemia, observamos cómo los políticos tomaron diferentes medidas a espaldas de la sociedad, bajo el pretexto de preservar la salud pública, pero con decisiones que no mostraron ninguna transparencia, transmitiendo escasa confianza. La sociedad civil pide a gritos una nueva política, otro modo de gobernar; subrayando que *la vieja política ha muerto*. Sin embargo, ¿qué es la vieja política? ¿Quién decide qué es la vieja y qué es la nueva? ¿Hay alguna diferencia entre la nueva y la vieja? ¿Cuándo va a llegar la nueva política? ¿Es realmente una utopía?

En las elecciones europeas del 9 de junio de 2024 se presentó un joven, Luis Pérez, con el sobrenombre *Alvise*. Es un analista y consultor político, con muchos seguidores en las redes sociales. Sus inicios se remontan al tiempo en el que estuvo en UPyD, el partido de la socialista Rosa Díez. Luego fue asesor de Ciudadanos en la comunidad de Valencia con Toni Canto. Actualmente, una

de sus principales demandas en su programa electoral fue luchar contra la partitocracia. Al final, logró tres europarlamentarios con más de 800.000 votos. El perfil de su votante es mayoritariamente gente joven, en general, hombres, y gente que está descontenta. Ha concentrado bastante voto de castigo.

Esta contraposición entre la nueva y vieja política es antigua porque ya en mayo de 1914, José Ortega y Gasset pronunció una conferencia en el Teatro de la Comedia de Madrid titulada *Vieja y nueva política*. Fue un discurso pronunciado en nombre de la Liga de Educación Política Española, una asociación que estaba compuesta de hombres que venían a cambiar los viejos ideales por otros nuevos basados en el liberalismo y la nacionalización como lemas de ese incipiente movimiento.

También el catedrático de filosofía política y social Daniel Inerarity escribió un artículo en *El País*, el 3 de diciembre de 2015, con el mismo título *Vieja y nueva Política*. Sugere una reflexión que destaca que lo novedoso no es sinónimo de bueno, ni lo pasado tiene que ser necesariamente nocivo solo por ser más antiguo. Subraya el deseo de transformación de la política que debería centrar en la renovación de los dirigentes y el rejuvenecimiento de estos. Sin embargo, no aporta demasiadas claves sobre cómo debe llevarse a cabo esta demandada *nueva política*.

No obstante, contemplar la política da vértigo, precisamente porque la dominante estrategia electoralista ha desbancado a la idea griega de la política como servicio. Más que nunca algunos nostálgicos todavía añoramos los modos de hacer de la vieja Grecia que, aupada por Aristóteles, proclamaba la grandeza de la política como servicio a la ciudad; en su tiempo, la ilusión por ayudar a mejorar la polis, era un honor. Allí no se oía hablar de *enchufismos*, ni de nepotismos, ni de corrupciones, sencillamente porque el sistema no lo permitía. ¿Cómo es que después de 2.500 años hayamos retrocedido en algo tan básico como entender la política como servicio?

En la vieja Grecia había varios controles para evitar la corrupción. Por ejemplo, el candidato, antes de ocupar el puesto, debía superar un examen de verificación. También existían otros controles durante el ejercicio del mandato. El primero, el regular ejercido por la Asamblea y otros extraordinarios, llevado a cabo por tribunales formados por varios ciudadanos. Además, al finalizar el mandato se realizaba otro control, llamado *euthyna*, que constaba de dos partes. Primero, un comité formado por diez contables investigaba cómo se había realizado el manejo de las cuentas públicas. Segundo, la *euthynai*, que tenía lugar ante otro comité de diez ciudadanos, uno de cada tribu. Además, esos ciudadanos contaban con la ayuda de dos asesores que eran elegidos por sorteo. Ciudadanos y asesores escuchaban durante tres días las acusaciones de otros ciudadanos y ellos desestimaban las que creían que eran insustanciales y únicamente llevaban al tribunal las que eran fundadas con indicios de culpabilidad de corrupción.

La política actual tiene muchos pecados. El más denostado es la corrupción. Sin embargo, es una difícil tarea superar la corrupción en la política, cuando vivimos en una sociedad que se caracteriza por ser permisiva con prácticas poco éticas como la evasión fiscal o la economía sumergida y es tolerante con el fraude en la percepción de prestaciones sociales, con el uso de la información privilegiada en las transacciones mercantiles o con los numerosos abusos en las relaciones laborales y profesionales. ¿Es esto un indicativo de que no es creíble que la sociedad pueda ser demasiado activa en la represión de la corrupción política?

No obstante, a nivel de gobernanza existen otros peligros que no deberían despreciarse. Por ejemplo, el *cortoplacismo*, esto es, la cortedad de miras. Un mal endémico de los políticos del siglo XXI, quienes gobiernan con herramientas del siglo XIX, como sostiene Daniel Innerarity. Esto conlleva que cada día sea más necesario contar con políticos capaces de gobernar pensando en el

futuro a medio y largo plazo. Según él, los problemas que debemos afrontar en nuestra época no se resuelven con medidas simplistas porque la política es el arte del buen gobierno, ideada para hallar las soluciones más satisfactorias.

En segundo lugar, la crisis vivida puede ser una gran ocasión para reflexionar cómo suscitar una auténtica transformación económica que ponga en el centro de los ideales económicos al ser humano. En este sentido, Margaret Thatcher afirmaba que no había alternativa al liberalismo económico propuesto por Friedrich Hayek, puesto que el libre comercio y la desregulación del mercado eran el mejor modo de gobernar la sociedad moderna. ¿Existe una alternativa económica más centrada en el ser humano y en su desarrollo personal? Sinceramente, aunque pueda parecer difícil, es posible. No cabe renunciar a ello porque quien pierde somos nosotros.

En líneas generales, la sociedad ha respondido a la pandemia priorizando la salud a la economía. ¿Significa esto que han muerto los valores del capitalismo propuestos en el libro de Milton Friedman *Capitalism and Freedom*, publicado en 1962, que nos han llevado a un individualismo exacerbado o volveremos a priorizar el dinero y la comodidad en cuanto el proceso de la vacunación nos devuelva a la normalidad? Sin duda, el capitalismo ha modificado nuestra mentalidad hasta el punto de que nos creemos que *vivir bien* es sinónimo exclusivo de tener dinero. De este modo, el objetivo número uno –de modo generalizado– es ganar dinero, instalándose la creencia de que la felicidad se puede comprar. Sin embargo, la cuestión que la pandemia ha puesto en liza es para qué sirve el dinero si un virus nos arrebatara cruelmente a los seres queridos, robándonos incluso la natural posibilidad de despedirnos de ellos.

Este desmesurado interés por ganar dinero ha traído como consecuencia que los resultados económicos, es decir, la ambicio-

nada eficacia, sean prioritarios frente al intenso deseo de ser felices. Además, la conquista de esta demandante eficacia económica implica la evaluación constante de los objetivos, con el peligro de reducirla a obtener datos, como una mera revisión cuantitativa, soslayando lo más relevante de lo que puede aportar un análisis de lo cualitativo.

En relación con esta fiebre cuasi enfermiza por la eficacia, existe hoy un excesivo afán de medirlo todo, como si tener el dato preciso fuera la panacea del análisis. Esto se observa en la máxima propuesta por William Thomson, descubridor del cero absoluto en termodinámica, quien afirma que *lo que no se define no se puede medir. Lo que no se mide, no se puede mejorar. Lo que no se mejora, se degrada siempre*. En esta reflexión por la validez del dato, Jerry Z. Muller, en su libro *The Tyranny of Metrics*, publicado en 2018, afirma que lo relevante es saber qué se debe medir y cómo utilizar los datos obtenidos de un exhaustivo análisis.

¿Cómo abordar –en serio– una necesaria transformación económica? Quizá el primer paso pueda ser una visualización del dinero como un medio y no como un fin para ser feliz. Por tanto, también el modo de conseguirlo a través del trabajo favorezca iniciar este indispensable cambio. Ahora vivimos para trabajar. Ana Iris Simón en su libro *Feria*, publicado en 2020, lo explica con un desparpajo digno de quien sabe amar a la naturaleza y ha descubierto que lo actual no tiene que ser mejor que lo de antaño. El sabor de lo auténtico es vivir cada experiencia con sentido, sin dejarse llevar por la moda que nos dice que si te va bien económicamente eres más feliz. Por desgracia, la prisa no nos deja disfrutar de lo que la naturaleza, el mundo y la vida nos dan.

El actual modelo económico sufre una constante inquietud por mejorar la productividad. También es palpable que el futuro está en el teletrabajo y en sus versiones, y no tanto en una obligada presencialidad en el centro de trabajo. Parece que es pertinente un

paso hacia lo tecnológico que va a permitir mejorar la eficiencia y, por consiguiente, la productividad. En esta línea, ¿estamos, realmente, preparados para generar nuevos empleos que sean productivos y que resuelvan la creciente demanda de la sociedad, guardando la distancia social?

En tercer lugar, sugerimos una profunda revisión del modelo educativo. La pandemia nos ha otorgado la magnífica oportunidad de repensar la educación escolar y, sobre todo, la universitaria. En la actualidad, se demanda que la educación garantice la capacitación profesional pero, últimamente, también se exige el aprendizaje de ciertas habilidades, las *hard* y las *soft*. Las *hard skills* son aquellas imprescindibles para desempeñar las tareas específicas de un puesto de trabajo. Mientras que las *soft skills* son los rasgos de la personalidad que facilitan trabajar en equipo o la capacidad para resolver problemas. Ejemplos de *hard skills* es saber idiomas, controlar programas informáticos, saber redactar bien, ser capaz de gestionar proyectos. Las *soft skills* son principalmente trabajo en equipo, liderazgo, habilidades de comunicación o la capacidad de motivación.

Este excesivo empeño por las habilidades enlaza con otro gran problema tremendamente actual que es el abandono de las humanidades. Éstas son reemplazadas por lo técnico, lo que conlleva la renuncia a las preguntas fundamentales del ser humano. En conclusión, para ser honestos deberíamos reflexionar si en las escuelas se enseña a ser mejor persona y si se aprende a cómo ser feliz, lo que deberían ser nuestras prioridades fundamentales.

Esta preocupante suplantación de las humanidades por lo técnico también ha supuesto, inevitablemente, el destierro de la educación en valores al ámbito de lo privado. Esto contrasta con el noble objetivo de las escuelas que se centran en la socialización como una preparación para la vida adulta, buscando la integración del sujeto en la sociedad. En relación con esto, es preciso aclarar

qué se entiende por *socialización*, ya que, si ésta se fundamenta en la propuesta sociológica de Emile Durkheim, entonces será bastante complejo despojarse del individualismo egoísta presente en esta teoría.

En torno a esta cuestión de la socialización es absolutamente pertinente entender que la convivencia se fundamenta en el respeto, sobre lo que existe un acuerdo unánime, pero la pregunta es si ha de quedarse exclusivamente en tolerar lo que hace, obviando la efectiva preocupación por la persona y por su crecimiento como tal. En este sentido, seguir a pies juntillas lo que Sartre decía cuando subrayó que *la libertad termina donde empieza la de los demás*, puede significar desestimar el valor de la ayuda al otro. A veces pensamos, con cierta razón, quiénes somos para meternos en la vida de otros, pues ellos sabrán cómo quieren gestionar su libertad.

En sentido positivo, en el ámbito educativo, la crisis ha permitido reflexionar sobre cuál es la eficacia de memorizar contenidos. Al respecto, es pertinente subrayar que la metodología tradicional en la que el docente, sabio y poseedor del conocimiento, transmite su saber al ignorante estudiante, ha muerto, por centrarse exclusivamente en un aprendizaje focalizado en la repetición de lo aprendido. Según Hans-Georg Gadamer, el filósofo alemán renovador de la hermenéutica, del modo de interpretar los textos, en su libro *La educación es educarse*, publicado en 2000, abogaba por buscar la autonomía del niño que se va a educar, para convertirle en una persona adulta. También John Dewey, el principal pedagogo del siglo XX, subrayó la necesidad de poner el foco en las características del estudiante para despertar su interés en aprender, de ahí su ya conocido *Learning by doing*, aprender haciendo.

Del mismo modo, la pandemia ha permitido que los docentes se hayan abierto al modelo virtual de clases caracterizado por convertir al docente en guía del aprendizaje, apoyado en el interés

por aprender de cada estudiante, intentando lograr, como un objetivo prioritario, la autonomía de cada uno. Esto conlleva que sea imprescindible ahondar en mejorar la competencia digital de los docentes, aunque sin soslayar la reflexión sobre qué y cómo educar. Probablemente estamos en la antesala de un nuevo cambio de paradigma educativo, desbordados por las exigencias del mundo digital.

¿En qué sentido es necesaria una educación en un aula física? Sin duda es pertinente una reflexión sobre la presencialidad educativa. No hay duda de que en ciertos aspectos la educación virtual ha llegado para quedarse. El sistema educativo, anclado en los límites que impone la presencia física, no puede ser el único modo eficaz de enseñar y aprender. Si hemos aceptado que ya no es tan necesario que el docente sea solo transmisor de conocimientos, sino guía del aprendizaje, tampoco parece tan exigible estar presente continuamente escuchándole. Las ventajas de la educación virtual, según opinan los docentes, es que no se pierde tanto tiempo en llamar la atención a los estudiantes que hablan en el aula. Asimismo, se sintetiza más lo que se quiere enseñar. Por eso se insiste en que es un modelo que se apoya más en la autonomía de cada estudiante. Por tanto, el docente no se centra exclusivamente en la ardua tarea de enseñar, sino en gestionar cómo los estudiantes están aprendiendo.

En relación con la tarea del educador, es imprescindible una reflexión sobre la utilidad de lo aprendido, puesto que es inevitable preguntarse cuál es el verdadero sentido de aprender conocimientos, sabiendo que ahora se pueden encontrar con bastante facilidad en Google. Parece que es más crucial saber aplicarlos y conocer cuál es su utilidad. Todavía no sabemos cómo disponer de los móviles en la educación. En la actualidad, los prohibimos y perseguimos que nadie los use en el aula, pero es una herramienta digital de uso diario que habrá que ver cómo queremos que sea manejada

por los adolescentes. De momento no estamos acertando con lo que queremos de su uso.

Últimamente están surgiendo movimientos de la sociedad civil guiados por familias que solicitan el retraso en el uso de los móviles y evitar que dispongan de ellos antes de los doce años. Por ejemplo, en algunos barrios de Barcelona se han solidarizado para pedir firmas a través de la plataforma *change.org* con el fin de llevar una iniciativa legislativa al Congreso que prohíba el uso del *smartphone* entre menores de 16 años. Estos son ejemplos de iniciativas que promueven la limitación coherente en el uso de los dispositivos móviles.

En cuanto a la reflexión de quiénes deberían ser los maestros con potestad para enseñar, cabe señalar que no queda mucho tiempo para convencernos de que son pocos a los que se les puede considerar como los grandes maestros universales, precisamente quienes tengan un conocimiento que sea digno de ser escuchado por muchas personas. En breve, llegará el momento en el que esos sabios universales impartirán clases a miles de personas que quieran escucharlos, abriéndoles horizontes y expectativas que no serían capaces de alcanzar por sí mismos. Todo gracias a la tecnología, que lo permitirá. De este modo estaríamos hablando de una universidad realmente universal respecto a la enseñanza. Esta apertura indica que la educación superior tiene que flexibilizar sus métodos de enseñanza. El futuro lo dirá, pero suponemos que habrá unos grandes maestros que enseñen su sabiduría de un modo más universal y, luego, estarán los docentes encargados de guiar un aprendizaje personalizado y de calificarlo.

En la reflexión por la mejora de la calidad educativa, recalamos que la innovación educativa va a imponer una personalización del aprendizaje, es decir, que el docente enseñe a cada estudiante atendiendo a sus necesidades, según su capacidad de aprendizaje, respetando su modo de ser y prestando especial atención a sus

circunstancias personales. Además, los docentes serán la garantía de lo aprendido por el estudiante, ya que les ayudarán a que sean capaces de aplicarlo de forma práctica. Por tanto, en el futuro posiblemente existirá un modelo de enseñanza compartido entre los grandes maestros universales que enseñen y los docentes que se encarguen de gestionar el aprendizaje de cada estudiante, porque son estos y no aquellos quienes educarán aplicando la personalización educativa. Este modelo de enseñanza universal quizá puede ser aplicado al mundo universitario, pero será más complicado en la etapa escolar porque es preciso unir el aprendizaje al desarrollo biológico de cada estudiante.

Es conveniente que el futuro de la educación se centre, como punto de partida, en cuáles son las cualidades personales de cada estudiante, tarea que debe recaer sobre el docente. Sin duda, sería óptimo que el docente trate de personalizar más el aprendizaje, atendiendo a cada estudiante de un modo personal. Ellos sufrieron la carencia de una personalización educativa, por eso, no quieren que sus estudiantes sufran la misma privación. Además, el docente es conocedor de cómo puede guiar a cada estudiante, ya que se ha mejorado notablemente el conocimiento personalizado de cada estudiante, atendiendo a su realidad más cercana como quién es, cómo es, cuáles son sus circunstancias, cómo piensa y actúa, sin olvidar cómo siente y cuáles son sus emociones. Este profesional de la educación será más comprensible con la situación de cada estudiante porque empatizará con su historia personal. De algún modo, este docente es quién planteará problemas reales a los estudiantes y les ayudará a que los resuelvan.

Una convicción generalizada y compartida por el mundo académico es que tiene que cambiar el modo de evaluar, si lo que se pretende es la mejora de la persona y no solamente el logro del resultado. La escuela actual es garantista en cuanto al aprendizaje del conocimiento, ya que de modo cuantitativo pretende garanti-

zar qué se ha aprendido, con calificaciones también cuantitativas. Sin embargo, parece más oportuna una evaluación más procesual que mida el esfuerzo realizado durante todo el tiempo que se ha trabajado y no tanto una evaluación que se centre, exclusivamente, en calificar el resultado final, sin tener en cuenta cómo se ha llegado a él. Por eso es preciso cambiar una evaluación resultadista por otra más de carácter cualitativo, como camino para llegar a la mejora personal de cada estudiante. Por tanto, el contexto actual de postpandemia ofrece una inexcusable oportunidad de repensar el modelo educativo y proponer un nuevo paradigma, centrado en la persona y en su desarrollo moral. ¿Significa esto que el actual sistema educativo soslaya esta cuestión fundamental? Simplemente, la considera secundaria y no prioritaria.

El cuarto ámbito que sugerimos que debería ser reflexionado, sobre todo tras el sufrimiento padecido durante la pandemia, son las relaciones personales. La experiencia vivida ha dejado un poso negativo, unido a la necesaria reflexión sobre qué es lo que merece la pena vivir. Sin duda, este periodo postpandemia es la ocasión de priorizar las relaciones sociales, pero no las superficiales o las interesadas, sino las verdaderas, las cimentadas en la amistad perfecta, como proponía Aristóteles, en querer al otro por ser quién es, en buscar solamente el bien del otro.

En relación con este nuevo reto que la pandemia nos ha brindado, conviene preguntarse si vamos a tener la audacia de modificar las estructuras sociales para ponerlas al servicio del ser humano para que todos aspiremos a alcanzar un mundo más humano y, por tanto, netamente mejor. Por desgracia existe el peligro de que esta crisis nos haya tocado solo tangencialmente y no haya removido lo profundo de nuestro modo de ser, aquello relacionado con dar sentido a todos nuestros actos. Hemos descubierto que no somos *masa*, como decía Ortega y Gasset, aceptando que es preciso dar sentido a cada acción y defender lo que de verdad importa.

No cabe duda de que este virus ha mostrado la vulnerabilidad del ser humano y, por ello, con mayor intensidad se va a anhelar la propia seguridad. Por eso existe un claro peligro en que todo lo que hemos vivido nos desnorte para priorizar la seguridad, olvidando que lo realmente valioso es la cercanía que aportan las relaciones humanas. El reto está en reflexionar qué tipo de valores necesita la sociedad actual y cómo se pueden promover.

La pandemia ha evidenciado que el modo de relacionarlos cada vez está más condicionado por los medios digitales. Esto se agudizará en las generaciones futuras, ya que la *generación Z*—los nacidos recién estrenados los 2000— está formada por personas que han *mamado* un mundo digital desde su nacimiento, que se diferencian de los *millennials* o *generación Y*, jóvenes nacidos a partir de los 80. La generación Z son personas *multitask*, capaces de realizar varias tareas al mismo tiempo, quizá porque han sido sobreestimulados desde temprana edad. Esta capacidad es debida a que el cerebro puede adaptarse a realizar diferentes facetas asociadas. Son más autodidactas, ya que tienen muy claro qué es lo que quieren aprender; si no es algo práctico o útil, no lo estudian. Incluso desprecian a quienes defienden la necesidad de memorizar. Les cuesta más escuchar al que está en el error. Son muy exigentes, ya que están acostumbrados a la inmediatez y tienen poca paciencia. Tienen menos comprensión con quienes no piensan como ellos. Sin embargo, son más solidarios porque son más activos socialmente. Por ejemplo, el estudio *Young People Omnibus* de Ipsos MORI¹ señala que, en Gran Bretaña, el 46% de los jóvenes entre 14 y 16 años aseguran haber dedicado tiempo a ayudar a personas de su comunidad en los últimos dos años, dato esperanzador, puesto que en 2005 era únicamente el 30%.

1. <https://www.ipsos.com/ipsos-mori/en-uk/young-people-omnibus-0>

En la actualidad, tenemos que atender a la nueva generación *Alfa*, quienes han nacido a partir de 2010. Se caracterizan porque ven el mundo a través de una pantalla, les gusta vivir el momento, el *carpe diem*, no asumen las reglas y buscan la eficacia, el resultado inmediato. Tienen un estilo de vida particular, ya que viven hiperconectados. Es preocupante la poca demanda de afecto, sintiéndose independientes al estar excesivamente conectados. Sin embargo, sí que es preciso darles ese cariño, aunque pueda parecer que no lo demandan. No tiene sentido que sustituyan el cariño paterno y materno por vivir eternamente entretenidos con las pantallas.

¿Cabe esperar algún cambio esencial de esta generación *Alfa*? ¿Podemos soñar con un mundo más justo? Este libro quiere subrayar que no es preciso buscar la solución fuera, pidiendo a otros las responsabilidades que nos atañen a nosotros. La solución está en valorar más la persona que cada uno somos. ¿Quién nos va a querer más que nosotros mismos? Por eso no conviene cansarse de anunciar que es necesaria una sociedad más humana, con medidas que contribuyan a la mejor gestión del desarrollo personal.

Mihaly Csikszentmihalyi, psicólogo y docente universitario, uno de los principales referentes en la psicología positiva, ha propuesto una psicología de la felicidad denominada *Flow*, centrada en el logro de experiencias óptimas como son, por ejemplo, los juegos, la música, el baile, ya que todas facilitan experimentar que somos realmente felices. Del mismo modo, estas soluciones emocionales, con propuestas como las que propone la psicología positiva, son necesarias y no se deben despreciar, pero conviene preguntarse si llegan al núcleo de la persona o solamente se quedan en un nivel sentimental como soluciones a corto plazo, que generan un bienestar emocional inmediato. Por eso, si no van acompañadas de un cambio real de conducta, volcada en darse a los demás, si no existe una conexión real con el epicentro de la persona pueden

llegar a ser insuficientes y no lograr el principal objetivo vital que es la felicidad.

Es hora de dar más valor al *quién* que cada uno es y no tanto a aquello que somos, a lo que hacemos, a cómo pensamos o cómo nos sentimos. Con este libro quiero mostrar que el cambio tiene que estar centrado, precisamente, en valorar más *quiénes* somos. Por tanto, se quiere destacar que lo que incrementa la felicidad es aprender a disfrutar con quiénes somos, para estar a gusto con aquello que somos, con cómo somos emocionalmente, con lo que pensamos y creemos y con cómo actuamos. Por eso vamos a insistir en que el punto fundamental que la experiencia vivida de la pandemia nos debería dejar sería la imperiosa necesidad de cuidar la persona que cada uno somos. Además, la estabilidad emocional se logra si se atiende a la persona, al *quién* que cada uno somos, que es diferente del de los demás. Este libro va de eso, de romper una lanza ya, por fin, a favor de la persona y su desarrollo como tal, atender al *quién* que cada uno es y no quedarse exclusivamente en el nivel afectivo o conductual. Postulamos una felicidad más personal y no tan centrada en el mundo emocional.